

rones que pusieran en peligro nuestros dedos á estar allí en uso el tenedor-cuchara asiático, y ya mi curiosidad y mi entusiasmo no pudieron resistir el deseo de pedir el nombre del autor.

— El autor, dijo Mari-Santa, es una servidora de usted, ó mejor dicho, es Teresita.

— ¡Teresita! ¿Será posible?

— Como V. lo oye. A principios de este verano fuimos á San Sebastian, y en la mesa redonda de la fonda donde paramos se sirvieron unos macarrones que gustaron á todos mucho, y, sobre todo, gustaron á mi marido. Yo hubiera dado cualquier cosa por saber cómo se hacía aquel plato para sorprender con él á Juan así que volviésemos á casa; pero ya comprenderá V. lo ridiculo que me parecia el ir á preguntárselo al cocinero. Teresita, que me habia oido repetidas veces lamentarme de no saberlo y que se pasaba el dia correteando por la fonda, y metiéndose en todas partes, y haciéndose amiga de todo el mundo con la poca aprension de su edad, fué muy contenta á buscarme cuando nos preparábamos á abandonar la fonda, y me dijo al oido: «Mamá, dame un beso y te digo una cosa.—Te daré aunque sean dos, hija, le contesté besándola. ¿Qué es lo que tienes que decirme?—Que ya sé cómo se guisan los macarrones.—¿Quién te lo ha dicho?—El cocinero, que es amigo mio.—¿Amigo tuyo?—Sí, me he hecho amigo suyo para preguntárselo y decírtelo. Verás cómo se hace ese plato que tanto le gusta á papá». Y Teresita me explicó *c* por *b* lo que yo tanto deseaba saber. Me faltó poco para comerme á besos á la chiquita cuando esto oí y poco ménos le su-

cedió á su padre cuando le sorprendí con los macarrones que tanto le habian enamorado, y le dije que el verdadero autor de aquel plato no era yo sino Teresita. Algunos detestan todo guiso extranjero sólo por el hecho de serlo, pero yo, aunque soy española pura y neta, estoy por todo lo bueno, venga de donde venga, y llámese como se llame.

Al aplauso que me habia merecido el plato de macarrones, añadí otro al eclecticismo de Mari-Santa, y otro á las inclinaciones maternas que despuntaban en Teresita, de quien me dijo D. Juan:

— Pregúntele V. á Chómin qué opina de Teresita, y verá como le contesta: «¡Esa..... pintada á su madre sale!»

## XVI.

### LA COMPATIBILIDAD.

Nuestra conversacion giró sobre la generosa y heroica accion de Chómin, y D. Juan me dijo:

— Á V., que debe tener autoridad de maestro para con este aprendicillo de poeta, se le presenta ahora excelente ocasion para probar el valor de la vena poética de Leandro: mande V. á su discípulo celebrar en verso la hazaña de Chómin.

— ¡Papá, contestó Leandro con tristeza, D. Antonio opina que debo abandonar el cultivo de la poesía!

— Hola, ¿con que eso tenemos? exclamó D. Juan un poco sorprendido.

— Hay alguna inexactitud en lo que Leandro dice. Es verdad que, aunque encuentro en él más aptitud para el cultivo de las bellas letras que la que tienen las tres cuartas partes de los que las cultivan en España, opino que debe preferir cualquiera otra profesión honrada á la literaria, porque esta última profesión, si proporciona gloria, no proporciona felicidad en nuestra patria; pero está Leandro en un error si entiende que yo opino que debe dar un eterno y completo adiós á las bellas letras. No aconsejaré yo nunca á nadie que riña con ellas por antitéticas que parezcan con la profesión que le proporciona el pan. Si es lícito y conveniente al sacerdote, al médico, al abogado, al artista, al artesano descansar de las fatigas de su estado, profesión ú oficio con el ejercicio de la caza, con la música, con la lectura, con cualquiera otra distracción honesta, ¿por qué no ha de ser lícito y conveniente que busque el descanso de tales fatigas en el cultivo de la amena literatura?

— Es verdad, contestó Leandro; y de la misma opinión fueron sus padres.

— Si no estoy equivocado, añadió el primero, D. Juan Eugenio Hartzembuch descansaba, cuando jóven, de las fatigas que le causaba la garlopa ó la sierra, estudiando el teatro nacional y extranjero, y ensayándose en la poesía.

— Cierzo, y el ilustre autor de *Los Amantes de Teruel* y *La Jura en Santa Gadea*, aunque no gusta de alardes democráticos, léjos de sonrojarse recordando que fué ebanista ántes que escritor, se complace en su noble vida privada en evocar aquel recuerdo. Cuéntase que un día, visitando la posesión que el Duque de Osuna tiene

en la Alameda, camino de Madrid á Alcalá de Henares, se puso á examinar lo interior de unos muebles cuyo encuentro en el palacio de la Alameda le causaba no poca emoción, porque aquellos muebles le recordaban otro tiempo y otra vida. El conserje que le enseñaba el palacio, suponiendo que fuese un gran señor, pues había llevado la más eficaz recomendación del Duque, le mostraba un respeto tan exagerado que mortificaba la modesta sencillez de D. Juan. «Dispenseme V., le dijo D. Juan, que vea si estos muebles tienen, como creo, una marca puesta por mí.—Caballero, le replicó el conserje como ofendido, estos muebles no han sido de nadie más que del señor Duque que los mandó hacer....—Es verdad que los mandó hacer S. E., contestó D. Juan sin darse por entendido del disgusto del conserje, y hasta recuerdo que velamos muchas noches maestro, oficiales y aprendices para concluirlos.»

El caballero se trasformó de repente en ebanista á los ojos del conserje, y éste le trató desde aquel instante casi como á un igual suyo, con ingénua y sencilla complacencia de D. Juan.

— ¡Dios bendiga la vida de tan buen caballero! exclamó Mari-Santa.

— Ya la ha bendecido colmándola de honra.....

— ¿Y no de felicidad?

— De felicidad también, pues Hartzembuch es uno de los poquísimos que en España han alcanzado la felicidad pública y privada cultivando las bellas letras que aquí pueden ser, y son con frecuencia, medio de obtener lucrativos destinos más ó menos políticos, pero casi siempre

incapaces de proporcionar por sí solas una subsistencia un poco desahogada. Quizá Hartzenbusch cuando manejaba la garlopa aspiraba á manejar la pluma, y consideraba la ebanistería como profesion forzosa é interina que se proponía abandonar así que empezáran á realizarse sus sueños de gloria literaria; pero yo conozco personas que han cultivado la poesía sin tales aspiraciones ni tales sueños, y han sentido grandes consuelos y experimentado gran descanso de sus fatigas con aquel cultivo. Una de estas personas es el más íntimo de mis amigos, cuya vida y sentimientos conozco como los míos propios. Desde niño sentía infinito deleite aún leyendo malos versos y componiéndolos aún peores. No los leía buenos, porque carecía de ellos, y los componía malos, porque carecía de cultura para componerlos. Se alejó del hogar paterno al acercarse á la adolescencia y se dedicó al comercio. En el establecimiento de que dependía, la prosa se desbordaba de todas partes, así de las gentes que le rodeaban como de las ocupaciones en que pasaba la semana; pero llegaba el domingo, su único día de descanso, y en vez de divertirse y descansar como sus compañeros yendo de caza, de paseo, á los novillos ó á los bailes, se divertía estudiando, leyendo y aún ensayándose en escribir versos ó prosas, no porque le pasase siquiera por el pensamiento la idea de trocar algún día la vida del comercio por la de la literatura, sino sencillamente porque no encontraba diversion más grata que aquella. Afirman aún los que han dado pruebas de aptitud para el cultivo de la literatura, que tal ó cual profesion está reñida con la poesía. Es errónea tal afirmacion: el que

lleva en su alma el gérmen de la poesía, que es innato y lo más que hace es perfeccionarse, remonta el corazón y el pensamiento desde la prosa más vil y fea, al idealismo más noble y hermoso, y canta en todo tiempo y en todo lugar. En Bilbao mismo, donde casi nadie subsiste del trabajo literario, hay, según he sabido y era de suponer, no pocos que descansan de las fatigas del comercio, la industria ó la ciencia cultivando la literatura, sin más aspiracion que la de complacerse á sí mismos, ó cuando más á la familia y los amigos más íntimos y benévolos.

— Es verdad, me contestó Leandro repuesto un poco de su tristeza y citándome nombres hasta de alguna modesta y buenísima persona del bello sexo, que no me creo autorizado á repetir.

— Con que ya ve V., amigo Leandro, cuál es mi verdadera y concreta opinion acerca de sus aficiones literarias: sea V. comerciante ó industrial ó abrace otra honrada profesion de la que pueda esperar la subsistencia desahogada y tranquila que en España es aventuradísimo esperar de las letras; pero descanse V. de las fatigas de su profesion con el noble cultivo de la literatura, que nunca debe ser tan asídno que embarace el trabajo que proporcione á V. y su familia el pan de cada día.

— Don Antonio, exclamó Leandro alargándome la mano que yo estreché con efusion, no diré que estoy decidido, pero sí que me inclino á seguir el consejo de V. si mis padres son gustosos en ello.

— ¡Pues no lo hemos de ser, hijo mio!... exclamó á su vez Mari-Santa con la emocion que se asomaba tan frecuentemente á sus ojos; pero se detuvo, como pregun-

tandó á su marido si el marinero se extralimitaba de los poderes que le habia conferido el patron.

— Hijo, se apresuró á decir D. Juan sancionando con su benévola sonrisa y sus palabras las de su mujer, tiene razon tu madre. Nosotros lo que deseamos es tu felicidad. Aunque sólo entiendo de letras de cambio, tengo por muy hermosas las que derraman la luz y el solaz por el mundo; pero si tu felicidad está en la profesion que á mí me la proporecionó, ¡cómo no he de ver con gusto que seas comerciante como tu padre!

Mari-Santa mandó á las muchachas que nos sirvieran el café y dijieran á Chómin que viniese á tomarle con nosotros.

— Teresita, añadió dirigiéndose cariñosamente á la niña, Catulinda y sus hijitos te están llamando. Vete, hermosa, á darles de comer, ya que el café no te gusta.

Catulinda era una gata, muy amiga y protegida de Teresita, y tenía dos gatitos muy monos y muy engalanados con collaritos de cintas y cascabeles hechos por la niña.

— Mamá, contestó Teresita en tono de súplica, ¿no le dijiste á Chómin que tenía que contar alguna de las historias que él sabe?

— Sí, hija mia; pero ¿y si Chómin cuenta alguna de las historias de horrores de la mar que tanto te asustan? Véte, hija, á dar de comer á la pobre Catulinda, que te está llamando.

La niña se marchó saltando y respondiendo á la gata:

— Catulinda, ya voy á daros á tí y á los mininos manjar blanco.

No se me ocultó que Mari-Santa habia alejado del comedor á la niña temerosa de que Chómin hiciese alguna de las suyas, porque Chómin, cuando se ponía un poco alegre, aunque hablase en un locutorio de monjas, creía hablar en la cubierta del *La Virgen nos valga*, rodeado de sus rudos compañeros de glorias y fatigas, en una de aquellas serenas noches de mar bella y Noroeste en popa, en que los marineros, apoyados en la obra muerta, se cuentan mutuamente la novela de su vida, con la pipa en la boca, la vista en la inmensidad del mar y del cielo, y el corazon y el pensamiento en alguno de esos lugarillos que, como bandadas de gaviotas, blanquean sobre las rocas marinas, allá, ¡saben Dios y los marineros dónde!

## XVII.

## PRÓLOGO DE UNA HISTORIA.

Chómin, un poco cortado, apareció en el comedor acompañado de Ignacia, que traía el café. Saludámosle con un aplauso, que inició Mari-Santa, y animó al viejecito á sentarse al lado de la señora, conforme ésta le indicaba.

Mari-Santa señaló la alhacena á Ignacia, y ésta, comprendiendo al punto lo que deseaba la señora, sacó un tarro de ron y una copa mayor que las ordinarias de licores, y puso tarro y copa delante de Chómin.

Mari-Santa se apresuró á obsequiar al viejo, preparándole y sirviéndole el café con arreglo al gusto de Chó-